

# El miedo en el País Vasco

JOSÉ LUIS PINILLOS \*

*Metus interpres semper in deteriora inclinatus*  
(Tito Livio)

**C**IERTAMENTE, el miedo es un mal consejero, que siempre está dispuesto a ver las cosas peores de lo que son. Desde Tito Livio hasta nuestros días, este mismo pensamiento se ha repetido una y mil veces porque en efecto —la frase es del Cardenal De Retz— «de todas las pasiones el miedo es la que más debilita el juicio».

De otra parte, el miedo es una de las pocas cosas que crecen libremente bajo el terrorismo. Por ello, me imagino que el temor que hay en el País Vasco debe de ser considerable. Y digo que me lo imagino, y no que lo sé con precisión, porque el miedo tiende a pasar desapercibido, procura ocultarse y no se deja medir con facilidad. Antes bien, pertenece a esas sutiles formas de la vida interior que se retraen de la observación ajena y, sobre todo, de la propia. Lo cual le hace difícil de cuantificar y resistente a las encuestas.

El público suele responder verazmente y sin grandes dificultades cuando se le pregunta acerca de cuestiones triviales, cuando se le interroga, por ejemplo, sobre la marca de detergente que utiliza de ordinario —aunque ni siquiera aquí hay seguridad absoluta—, o sobre cosas parecidas. Pero desde luego no se comporta del mismo modo si la entrevista se refiere a la política o, no digamos, al terrorismo. Cuando se roza este tipo de cuestiones vidriosas, al instante surgen sobras y recelos, a la par que los mecanismos de defensa del yo se ponen a hacer horas extraordinarias. Recuerdo en conexión con este asunto que, allá por los años cincuenta, se me ocurrió hacer una encuesta en la que, entre otras impertinencias, se preguntaba al personal por la opinión que le merecía el Caudillo/ Naturalmente, las respuestas más entusiastas fueron las de los obreros, que eran los que tenían más miedo. Y no quiero decir con ello que todos mintieran conscientemente. Algunos, por supuesto<sup>^</sup> sí. Otros, quizá no. En parte, porque por aquel entonces la clase obrera empezaba ya a poder respirar y andaba deseosa de tener la fiesta en paz. Y en parte también porque cuando —por miedo, por interés o por lo que sea— uno asiente o hace protestas de adhesión a una causa en la que no cree, se siente interiormente incómodo, tiende a justificarse ante los ojos de los demás y, sobre todo, ante los propios. En tales circunstancias, para ponerse en paz consigo misma, la gente termina por estar de acuerdo con lo que dice, por creerse sus propias argucias, tal vez por aquello de que

\* Bilbao (Vizcaya), 1919. Catedrático de Psicología de las Universidades de Valencia y Madrid. Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas.

una mentira que se repite mucho acaba por convertirse en una verdad, por la presión social o por lo que quiera que sea. En cualquier caso, al final del proceso el converso puede encontrarse manteniendo de buena fe lo contrario de lo que pensaba en un principio, o cosas que en buena lógica serían incompatibles con sus convicciones o su sentir general de la vida, tal como ser cristiano y justificar la muerte del inocente. O sea, bajo ciertas condiciones, el miedo hace maravillas, y una de ellas es, por supuesto, el síndrome de Estocolmo, que como ya habrá advertido el lector no sólo se produce en los secuestros.

En mi opinión, un proceso semejante al que acabo de apuntar puede estar operando en el País Vasco, al menos en algunos sectores de su población. En unas zonas donde la ETA tiene una implantación tan fuerte tiene que haber miedo, aunque no se manifieste directamente. Juan sin Miedo era un simpático personaje de ficción que en mi tiempo —y supongo que ahora también— hacía las delicias de los niños, pero al que los adultos de carne y hueso no parecemos muy poco. Como escribiera Jean-Paul Sartre en *Los caminos de la libertad*, todos los hombres normales tienen miedo, y eso no tiene nada que ver con el valor: «*Tous les hommes ont peur. Tous. Celui qui n'a pas peur n'est pas normal; ça n'a rien a voir avec le courage*».

Desde luego, en mi tierra, igual que en las demás, no faltan individuos temerarios, ni personas que aun sintiendo miedo lo dominan y tienen el valor de condenar públicamente el terrorismo con nombres y apellidos. Pero son, evidentemente, los menos. La mayoría no quiere señalarse. La gente tiene miedo, y no sin fundamento, pues mientras los muertos son de verdad, la protección no lo es tanto. Esta es la cuestión. Este es uno de los motivos serios, aunque no el único, por el que muchos ciudadanos vascos no sólo no se atreven a condenar en público las matanzas de la ETA, sino que incluso llegan a simular que las disculpan, desde el momento en que su silencio pueda interpretarse como reprobatorio. La gente tiene miedo porque no sabe con quién habla y de dónde le pueden venir los tiros. Hasta que, a fuerza de vivir así un día tras otro, la adaptación se produce, el llamado efecto Festinger va prendiendo, y un buen día los simuladores terminan dando por buenas sus propias disculpas, esto es, concluyen justificando ante su conciencia unos hechos que, descritos con crudeza, les resultarían insoportables, o cuando menos sumamente incómodos de aceptar. Para evitarlo, es para lo que quien más y quien menos recurre intuitivamente al secular procedimiento de redefinir las cosas, y hablar de muertes, por ejemplo, en lugar de asesinatos. Es así, de esta insidiosa manera, como puede llegarse a contemplar el terrorismo al trasluz de una discreta óptica legitimadora; así es, creo yo.; como se hace más segura y más soportable la operación de convivir con lo que en el fondo se detesta, pero se teme. A mi parecer, repito, este proceso de autoconvencimiento y de superación de las contradicciones internas, es lo que permite dar razón de esos singulares comentarios exculpatorios con que a veces nos sorprenden gentes pacíficas, incapaces de matar una mosca, cristianos de toda la

**LA GENTE  
TIENE  
TEMOR**

vida, pero que ante un atentado lo más que dicen es: ¡ETA no mata porque sí! ¡Bueno, algo habría hecho! ¡El se lo ha buscado, por no querer pagar!, etc.

No quiero insistir. Está claro que anteponer la convivencia a la conciencia no es precisamente un acto heroico del que uno pueda enorgullecerse, pero que tire la primera piedra el que no tenga pecado. Por lo demás, nuestra historia no concluye aquí. Hay muchos otros factores que concurren con el miedo en la justificación de la violencia. De una parte están, ni que decir tiene, las razones que aducen los propios terroristas y sus allegados más próximos; razones que pueden carecer de valor y no ser de recibo para el resto de la población, pero que sin duda alimentan la presión revolucionaria que se ejerce sobre ella. Tampoco hay que destacar sin más el factor de rentabilidad política que, en determinadas circunstancias, puede representar la amenaza etarra. Ni debe desecharse, por duro que también resulte, el factor de habituación del público, la atrofia progresiva de una sensibilidad colectiva constantemente golpeada por las bombas, los asesinatos y los secuestros. Una sociedad no puede vivir en continua tensión. Cuando este tipo de situaciones se prolonga, la gente se defiende como puede: entran en juego los mecanismos de represión de lo desagradable, se pone en marcha la defensa contra la angustia: se niega la evidencia, se deforma esto, se sublima aquello, se aíslan los sentimientos de temor y compasión en unos compartimentos estancos, donde no interfieran con el ejercicio corriente de la vida. A todo lo cual, que ya de por sí es bastante, hay que añadir todavía ciertos elementos que imprimen a esta cuestión del temor vasco un sesgo muy especial.

Me refiero a esa otra clase de miedo que sienten las personas —y no son ni una ni dos— que tienen hijos, parientes o amigos próximos a la ETA, si no metidos en ella, y que lo que temen, sencillamente, es que a los suyos les pueda pasar algo. Y fíjense en que estoy hablando de personas que no simpatizan de suyo con el terrorismo —en el fondo lo rechazan—, pero tienen miedo de que la policía pueda matar a un hijo suyo, o meterlo en la cárcel, o quien sabe qué. Este es un aspecto del miedo en el País Vasco, que tengo por sumamente delicado, porque está muy extendido, y porque presumiblemente se complica con poderosos procesos de identificación racial, que ya son más fuertes en los hijos de los inmigrantes, o de los matrimonios mixtos, que en las familias vascas de siempre. Por aquí se enreda, todavía más si cabe, esa complicadísima maraña de problemas, para los que obviamente no es fácil hallar una solución inmediata.

Por lo demás, es obvio que el asunto se percibe y se juzga de forma muy distinta desde fuera del País Vasco, que viviendo en Rentería, en Baracaldo o en Echarri-Aranaz. Esto me trae a la memoria aquello que le dijo Manolete a un artista de cine que le gritaba desde la barrera para que se arrimase aún más al toro: ¡Oye, fulano! ¡Que aquí no se muere como en el cine! ¡Que aquí se muere de verdad!

**TAMBIÉN  
HAY MIEDO  
FUERA DEL  
PAÍS VASCO**

De otro lado, reparemos en que el monopolio del miedo no lo tenemos los vascos: Euskadi no es la CAMPSA del temor. Tam-

bien hay miedo fuera del País Vasco, y miedo al País Vasco: un temor comprensiblemente teñido de hostilidad, pero que; sin duda contribuye a deformar la percepción del problema y a agravarlo. Vistas las cosas a través de las noticias, la realidad vasca cobra efectivamente un aspecto siniestro, que no tiene normalmente cuando uno está allí. Pues la verdad es que la vida cotidiana de un San Sebastián o de un Bilbao discurre habitualmente por cauces bastante más normales —o así parece— de lo que pintan las macabras imágenes que, por desgracia, bastante a menudo aparecen en los telediarios. No quiero insinuar con esto que allí no pasa nada. No pretendo suavizar las tintas. Lo que trato de decir es que, a la postre, la vida reclama sus derechos y termina imponiéndose. Esto sonará a crueldad, o a cinismo, pero así son, como', dicen los ingleses, «*the facts of life*»: que, traducido al román paladino, significa algo que no me parece discreto repetir aquí. A última hora, lo cierto es que, por graves que sean, los desastres se olvidan, las calles pierden los tonos sombríos del principio y la gente termina por sobreponerse a todo. La fuerza de este poderoso instinto ;de supervivencia se me manifestó de forma muy gráfica en un carnaval de Colonia, cuando recién terminada la Segunda Guerra Mundial vi cómo unas alegres mozas renanas, posiblemente eufóricas por haber salido con bien de aquel infierno, bailaban y retozaban con los soldados americanos encima de las ruinas bajo las que habían perecido tantos alemanes.

En este sentido, repito, la vida es implacable: también en el País Vasco. Pero no obstante, bajo la apariencia de normalidad, se adivina el miedo. La gente rehuye hablar de todo lo que directa o indirectamente tenga que ver con la ETA. Y cuando se decide a hacerlo en el seno de la más estrecha amistad, suele ser en voz baja y a medias palabras, con una cautela muy reveladora, que recuerda aquel modo de mirar que, en tiempo de la Gestapo, 'se llegó a llamar «*der deutsche Blick*», esto es, la mirada alemana: una mirada que escrutaba el entorno antes de hablar, para detectar la presencia de posibles delatores. Desgraciadamente, tengo la impresión que algo de eso acontece también en el País Vasco. Sinceramente, yo sí creo que hay miedo en Euskadi. Es decir, que continúa habiéndolo. Cuando yo era pequeño, mi abuela María Ozámiz me contó cómo de niña el ama la había sacado una noche de un caserío de cerca de Guernica, envuelta en una manta, para llevarla por los montes a Bilbao, huyendo de los carlistas. Después, a mi padre y a mí, como a tantos más, desde luego, nos tocó vivir otra vez el terror de la guerra civil. En estos años, otra vez ha vuelto a correr sangre por las calles y los campos del país. Y no son pocos los hombres ejemplares que han tenido que abandonar Euskadi, por negarse a pagar, o por otros motivos igualmente inaceptables en un Estado de derecho. Sí, hay miedo, continúa; habiendo miedo en mi tierra. Un miedo que empieza a parecerme interminable. Cuando voy a Bilbao, siempre me gusta asomarme a mirar la ría. Pero al ver cómo bajan de turbias las aguas, me invade la melancolía.

**BAJO LA  
APARIENCIA  
DE  
NORMALIDAD**